

RETIRO DE CUARESMA

"Dame de beber. . .

*Si bebes del agua que yo quiero darte
no volverás a tener más sed"*



(ENTRESACADO DE UN ARTÍCULO DE JOSÉ MARÍA ARNAÍZ)

En este día de oración y reflexión centramos nuestra atención en la espiritualidad. En el corazón de la espiritualidad está siempre el encuentro con Jesús. El aparece en nuestro horizonte, en nuestro proyecto, en nuestra casa, en nuestra compañía, en nuestros pasos, en nuestra vida. Así le ocurrió a una discípula de Jesús, a la Samaritana; una pena que no sepamos su nombre. Con todo, nosotros terminaremos dándole uno. La llamaremos Gracia; la que nació en un encuentro y del amor. Ella, mujer, se encontró con un hombre, Jesús. Desde ese encuentro, desde aquel día, que no tiene fecha, los hombres y las mujeres deben saber más de reciprocidad, de interacción, de misión compartida, de afecto dado y recibido.

I. DE LA MANO DE LA SAMARITANA

Entramos en oración de la mano de una mujer, la Samaritana, que ha buscado mucho en su vida y no siempre ha encontrado. Ahora busca agua. Estamos en un pueblito de Samaría, llamado Sicar. Ella nos toma de la mano. Nos conduce al pozo de Jacob para sacar agua. Le ayudamos a llevar el cántaro pobre y frágil, vacío y lleno a la vez. Es mediodía. Cuando llegamos nos encontramos a un hombre cansado y sentado tranquilamente en el brocal del pozo. Mira atentamente a la señora que llega que, como toda mujer, tiene el aire de ser símbolo y encarnación de su pueblo. Toma la iniciativa y le dice:

- Dame de beber.

Ella le mira desconcertada y distante y le responde:

- ¡Cómo se te ocurre a ti que eres hombre y que eres judío pedirme a mí que soy mujer y samaritana de beber!

Así, esta mujer deja constancia de un desencuentro. Hace añorar instintivamente sus reticencias, prejuicios, resistencias, dificultades e insatisfacciones. Esta mujer y este hombre todavía están distantes. Llegará a decir que no tiene marido. De muchos se ha distanciado y quizás por eso no quiera saber más de ninguno.

Pero Jesús la "provoca" y le evoca sus heridas y debilidades y así, curiosamente, se inicia un camino de encuentro. El encuentro se está preparando. Todavía no se ha dado. La seducción se producirá cuando la Samaritana perfore sus defensas, evoque su deseo de ir hasta lo más profundo de las mismas, a sus fuentes interiores y secretas. Así comienzan a acortarse distancias, a acercarse, a darse el encuentro y a ir más lejos y llegar a lo más profundo. Y la seducción llegó, se comenzó a pasar del símbolo a la realidad. La mujer llega a aceptar la propuesta de Jesús y lo identifica con el agua viva, con aquella persona que hay que adorar; que le acogió sin juzgarla ni condenarla. En ese momento la samaritana ya no es "mujer", no es samaritana, tiene nombre, tiene agua, adora y se llama Gracia. Y a su vez a Jesús le va seducir esta mujer que le llama "Señor" y quizás tuvo la osadía de nombrarle con algún nombre nuevo y le llamó hermano, Tobías. Simón, Manantial de agua viva. Por eso, Jesús se anima a revelarla quien es; se manifiesta, habla con el corazón. Esta es la única ocasión en la que Jesús revela directamente su identidad.

Esta mujer le seduce porque es de las últimas; es mujer y no hombre; es pecadora y no santa, es vulnerable y no imperturbable, es samaritana y no judía. Se anima a descubrirle que es

profeta, que es Mesías, que es salvación. Es aquel que ella y su pueblo siempre había estado esperando sin saberlo. *Esta mujer queda seducida y deja en manos de ese hombre la perla preciosa de su futuro que puede convertirse en vida plena, honda y desbordante.* Ese hombre abre tras de sí una huella de alegría y libertad. Gracia lleva a Jesús. Jesús lleva a Gracia y se juntan como se junta la sed y el agua viva.

II. DE LA MANO DE JESÚS

Jesús toma nuestra mano y nos acerca a una mujer, a la Samaritana. ¿Hacia adónde nos lleva? De la mano de Jesús aprendemos a superar las distancias y las rupturas. Aprendemos a hacer emerger una sed honda en nosotros y en los demás, un deseo mayor que relativice los otros proyectos y aspiraciones. Jesús hace aflorar el gran deseo de vida fecunda que está en toda persona y que se hace mayor y mejor cuando se comparte. De la mano de Jesús nos acercamos a una mujer y en ella nos encontramos a nosotras mismas. El rostro de la Samaritana le lleva a Jesús a confesarse Mesías y adorador en espíritu y en verdad. *Jesús no quiere que esta mujer se vaya con su cántaro lleno de agua y sin darse cuenta de su profunda sed.* La quiere cerca, llena de novedad, de encanto. Le apasiona. Le quiere dar su agua y en cierto modo la quiere anegar en su corriente; en su proyecto, su afecto y su fuerza salvadora.

Jesús es el camino para acortar distancias entre los hombres y las mujeres y para "incluirnos" unos en otros. De la mano de Jesús partimos de nuestra debilidad. Por eso en este encuentro Jesús pregunta, recibe, busca, pide agua, no da agua, deja con una sed nueva que convierte a la Samaritana en Gracia, en sedienta apasionada del anuncio de la buena nueva en su ciudad. Ella termina apasionada por Jesús y por su Reino. Y bien puede proclamar: *"tu amor vale más que la vida"* (Salmo 63, 4). Jesús confiesa. El que va a venir ha venido; el Cristo *"soy yo, el que está hablando contigo"*. Esta confesión en primera persona no puede faltar en ningún verdadero encuentro: "Soy yo... tu hermano, tu amigo, tu amante, tu salvador, tu compañero, tu "marido"...". Soy tu agua viva y tu manantial. Jesús se confiesa y se declara y espera respuesta.

Aprendemos a encontrarnos con la Samaritana y a ofrecer el agua con el que no se vuelve a tener sed y esa agua no es río, es manantial; es agua viva, de buen pozo, no estancada, que brota ininterrumpidamente. En todo encuentro aprendemos a convertir lo que ofrecemos en don y a querer dar cada vez más y mejor.

Aprendemos a hacer de la discípula y de la creyente Gracia una misionera de su pueblo. Se logra despertar en ella su condición de mujer sin marido, de buscadora de pozo, de zahorí del Reino, de perforadora de las apariencias hasta llegar a alumbrar el verdadero manantial, el del amor que hace fecundo todo.

Jesús encuentra a Gracia; la acoge y la introduce por un camino de fe que se pone por obra por el amor; por un camino de vida.

- Jesús toma la iniciativa, la provoca con la promesa de un don superior a ningún otro y Gracia se deja atraer y seducir.
- Jesús le promete un agua más deseada que ningún agua terrena y Gracia se deja convencer totalmente.
- Jesús le habla del Padre y se revela como el Mesías y Gracia cree y ama.
- Jesús, como verdadero profeta, entra personalmente en la vida y en el corazón de Gracia y ella se hace mensajera de Jesús en su ciudad y *"sus habitantes creyeron en Jesús por las palabras de la mujer"*.
- Jesús toma conciencia de que en ese rostro de Gracia se manifiesta el rostro de su Padre qué ternura y misericordia (Is. 49, 15; Le. 13,34).

Gracia bien podía decir que la mano de un desconocido había tomado la suya, la había sacado a campo grande, bajo cielo abierto la había dejado en una encrucijada y en ese lugar también estaba él. Se trataba de aventurarse por un camino absolutamente desconocido y hacer una andadura nueva e inédita; marcada por el riesgo, la pasión, la aventura y la cordura. Se trataba de hacer un itinerario con los ojos y los oídos abiertos y en el que la única brújula que guiaría a

la meta sería la de la misericordia y la ternura, la del espíritu y la verdad. Pero se avanzaría juntos. El encuentro se había dado; el propio de un enamoramiento apasionado por Jesús y por el Reino. Ese Señor en el que creyó terminó amándolo y por él se sintió amada. Se hace su discípula y más que discípula, misionera.

III. DE LA MANO DE JESÚS Y DE GRACIA NOS ENCONTRAMOS...

Nos encontramos, nos leemos nuestras vidas. Descubrimos "los maridos o las mujeres que tenemos", la necesidad de la purificación, de un Mesías, de un salvador/a para ser buenos discípulos; la manifestación de lo que hay en cada uno de nosotros y de la gran necesidad que tenemos de adorar al Padre en espíritu y en verdad y en todos. En aquel pueblo muchos creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: me ha dicho todo lo que hice; ha entrado en mi corazón y en mi intimidad. Ahí se encuentran este hombre, este hijo del hombre, Jesús, y esta mujer, la Samaritana, transformada en misionera de su pueblo. No hay duda que en este encuentro brotó el afecto, la sinceridad, la verdad. Gracia se ve libre de sus idolatrías; Jesús le manifiesta que es un pozo de agua viva. Gracia llegó a descubrir que es vasija de barro y confiesa con la canción: "De ti nací y a ti vuelvo. Vasija, vaso de barro, con mi muerte vuelvo a ti, a tu fondo enamorado".

Jesús y la Samaritana nos llevan al tan necesario y redimido encuentro del hombre con la mujer. Para que se dé y del modo debido en el momento actual de la sociedad y de la Iglesia no puede faltar la acción del Espíritu. Bien podemos decir que en sí mismo es un signo de la vitalidad que el mismo Espíritu suscita en la Iglesia, en la vida consagrada y en la sociedad. *Más aún, este encuentro es un signo profético, y cuando se produce desde una madura experiencia de inclusividad, se entiende mejor el evangelio, la vida cristiana y la vida religiosa y se enriquece la espiritualidad y se completa la misión.* Apostar por el distanciamiento o incluso por la exclusión del hombre o de la mujer en el diario vivir de las personas y de la Iglesia es como querer caminar por la vida con un solo pie u oír con un solo oído o mirar con un solo ojo. Este encuentro es, en muchos casos, un reencuentro cultural y una clara expresión de vida nueva. Supone una especial fecundidad en nuestras vidas. Hace que ni al hombre ni a la mujer les falten los indispensables elementos que nos intercambiamos y nos llegan con la convivencia, la amistad, el contacto y la interacción.

Con este encuentro se superan aspectos negativos importantes que bloquean la revitalización de la convivencia actual y que no suelen faltar en nuestras vidas: el patriarcalismo, el sexismo, el machismo y ciertas prácticas discriminatorias tanto en la sociedad como en la Iglesia. La inclusividad puede traer significativos cambios institucionales debidos a la mayor convivencia e interacción entre hombres y mujeres. En una sociedad donde estos encuentros se den bien se generarán, sin duda, relaciones sociales fundamentalmente diferentes de las actuales.

IV. DE LA MANO DE I.OS DISCÍPULOS/AS VIVIMOS LOS MUCHOS ENCUENTROS

Si queremos una vida cristiana y ciudadana que sea una alternativa a la actual necesitamos colocar en el centro de nuestras opciones espirituales y pastorales *la palabra, la perspectiva y la dinámica del encuentro*. La Vida Consagrada quiere esta alternativa y tiene que querer los muchos y ricos encuentros que la ponen por obra. Los encuentros que nos llevan a lo más sublime y nos sumergen en lo más cotidiano, a lo que nos lleva esta oración, necesitan realizarse, en "la tienda del encuentro". Nos lo dice Moisés, un gran místico y un gran profeta (Ex 33, 7) que consiguió que el pueblo de Israel se encontrara cara a cara con Dios y entre sí.

Los encuentros son una realidad clave en la historia de cada uno de nosotros, de la vida consagrada y de la Iglesia cuando se trabaja por el Reino; en la pastoral y en la espiritualidad. También lo son en la historia de la humanidad. *Encontrarse es parte del código genético del ser humano y del cristiano*. Es tarea y es don para la vida consagrada hoy. Por supuesto, los encuentros llevan a cambios en el campo de la espiritualidad, la misión, la forma de vida y las estructuras.

Encuentro es la creación y lo es la encarnación. Cristo vino a encontrarse con nosotros. Pascua fue y es encuentro: con la vida y con Cristo resucitado. Los que van creyendo en él se hacen cristianos y se encuentran para hacer oración, para compartir el pan y para ayudar a los pobres.

La plenitud del encuentro llega en Pentecostés. Es la fiesta del encuentro con todos, el que supera las diferencias y las diversidades y hace posible entenderse y darse los unos a los otros.

El encuentro auténtico implica todo nuestro ser ya que nos coloca en "los límites de las fronteras". Ahí sentimos la urgencia del encuentro. Esto ocurre en el verdadero encuentro, el que nace del amor y nos expone al riesgo. Las tensiones, las separaciones, los distanciamientos, los desencuentros han quebrado el hilo conductor de la historia y han originado las separaciones y las luchas y han llevado a las guerras y a las destrucciones. La historia de la humanidad, leída sabiamente, nos recuerda que si queremos caminar rápidos debemos hacerlo solos. *Sí queremos caminar lejos y emprender una larga andadura, tenemos que saber "caminar juntos"*.

Los encuentros nos piden *serenidad, coraje y sabiduría*. Los desencuentros vienen de la incapacidad de proponer metas y tareas claras por falta de coraje y de serenidad que nos acelera y hace imposibles los intercambios necesarios. El encuentro pide las ganas de moverse. En África se dice que dos montañas nunca se encuentran porque nunca se mueven.

Si se da el encuentro en profundidad se produce una etapa nueva en nuestras vidas y en nuestros grupos. Se adquiere una especial fuerza de comunión y de transformación; una fecundidad que nos hace felices. Son presencias que se transforman en una "fuerza creativa y dinámica". Revitalizan a y ayudan a superar los diversos signos de cansancio y de estancamiento. Cuando acontece el encuentro entre Gracia y Jesús, surge vida y el agua del pozo brota abundante. *La aventura espiritual de nuestro tiempo pasa por la calidad e intensidad de nuestros encuentros*. Cuando un creyente encuentra a otro creyente son muchas las cosas que pasan. Comienzan nuevas relaciones y nuevos compromisos, nueva vida. La vida consagrada termina siendo refundada. El camino para llegar a esta meta son los nuevos encuentros.

Esa experiencia del encuentro es de todos nosotros. No debe pasar desapercibida en nuestras vidas. Hay que vivirla y sentirla, entenderla y comunicarla. Es la experiencia más fuerte y la tendencia más consistente de nuestro contexto sociocultural. Los hombres y mujeres que habla con Dios deben *encontrar los espacios, lugares, tiempos, mediaciones y personas que canalicen y provoquen la experiencia de los encuentros con los demás*.

La expresión, pues, que queremos usar para entrar en el corazón de la oración y de la vida consagrada es la del "encuentro". *El encuentro es una estructura, un acontecimiento y un espíritu; tiene un antes y un después; crea un ambiente, transforma a las personas y a los grupos*. De la cultura actual nos llega la insistencia de ponerlo de relieve en todas las dimensiones de la vida consagrada. Supone escucha, diálogo, interacción y lleva a una verdadera transformación. Nos deja con más intensidad en nuestras relaciones y alarga nuestros horizontes. La Samaritana es el icono de la vida consagrada de nuestros días. A esta vida consagrada así encarnada se le ha llamado Gracia. Gracia sería la buena orante y la religiosa que encontró a Jesús y Jesús y le hizo su discípula. La que se necesita que ande por los caminos del mundo marcándoles con las huellas de los pies descalzos y ungidos por Jesús para derramar un olor nuevo, enseñar un culto nuevo y unos encuentros nuevos, los que liberan y hacen comunión; los que salvan.

V. UN PAR DE ANOTACIONES PARA QUE LA ORACIÓN DEL DISCÍPULO/A SEA UN ENCUENTRO Y SUS ENCUENTROS ORACIÓN

Que la oración del discípulo/a sea ver, en todo y sobre todo, personas; hombres y mujeres que están juntos y unidos. En ella primordialmente reconocemos presencia y gracia que se encuentra, se fecunda y se multiplica. Evocamos vida. Del encuentro nace la intuición mística que se desborda en la profecía. Que los encuentros de oración del discípulo/a sean prolongados y frecuentes. Que se transformen en palabra de Dios que descubre el misterio y el dinamismo vital por el que entramos en sintonía con él. Así toda oración será encuentro, será un cara a cara con Jesús y con los seres humanos. Será un mirar, escuchar, sentir, tocar, decir, callar; un conmoverse y mover los pies y las manos para que hombres y mujeres aprendan a vivir dejando huellas comunes por haber hecho caminos idénticos.